

FRANCO Y JOSÉ ANTONIO:
CAUDILLO Y PROFETA DE ESPAÑA.
LA CONSTRUCCIÓN DEL CARISMA
DURANTE LA GUERRA CIVIL

*Franco and José Antonio:
Chief and Prophet of Spain.
Construction of Charisma during the Civil War*

María Luisa RICO GÓMEZ
Université Paris 8 Vincennes-Saint Denis

Francisco SEVILLANO
Universidad de Alicante

Fecha de recepción: 12 de septiembre de 2013; aceptación definitiva: 20 de octubre de 2013

RESUMEN: Este trabajo estudia cómo la persona del general Francisco Franco y del jefe falangista José Antonio Primo de Rivera fueron transfiguradas simbólicamente mediante la construcción y propagación de su imagen carismática en el discurso, los ritos y las liturgias del «nuevo Estado» durante la guerra civil en España de 1936 a 1939. Lo carismático como portador de una esencia trascendente se presentó de manera dual entre la exaltación de Franco, el «Caudillo», héroe reconocido como jefe político por sus hazañas guerreras, y el culto a la memoria de José Antonio, profeta entregado a la muerte como sacrificio redentor de España.

Palabras clave: Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera, carisma, «nuevo Estado», guerra civil española.

ABSTRACT: This paper examines how the person of the general Francisco Franco and of the Falangist leader Jose Antonio Primo de Rivera were transfigured symbolically by means of the construction and spread of its charismatic image into the speech, the rites and the liturgies of the 'new State' during the civil war into Spain from 1936 to 1939. The charismatic thing like carrier of an essence transcendente appeared in a dual way between the exaltation of Franco, the *Caudillo*, hero recognized as political chief for his warlike exploits, and the worship in memory of Jose Antonio, prophet dedicated to the death as redeeming sacrifice of Spain.

Keywords: Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera, charisma, «new State», spanish civil war.

El golpe de Estado militar del 17 y el 18 de julio de 1936 en España provocó una situación de guerra, en la que la ocupación de la capital, Madrid, continuó siendo el objetivo primordial de los sublevados. Los hechos que se fueron sucediendo hicieron que la legitimidad del «nuevo Estado» se fundamentara en la guerra: como *bellum iustum*, subsistiendo una «causa justa» al «Alzamiento», conducido por el don y la gracia carismáticos de su «Caudillo», y defendido con la sangre de los mártires y «caídos», que siguieron el sacrificio redentor de José Antonio Primo de Rivera; como «guerra total», una vez se prolongó como «Cruzada», que había de destruir totalmente al enemigo, tenido políticamente como «absoluto», desvalorizado moralmente hasta deshumanizarlo. La propagación de estas concepciones formó una «cultura de guerra»; es decir, una trama cultural de valores, ideas, símbolos y ritos que daba significación a las acciones colectivas y la identidad común de la «España nacional», y que se condensó en la sacralidad de la nación, profanada por sus enemigos¹.

En este trabajo se estudia particularmente la transfiguración simbólica de la persona del general Francisco Franco y del jefe falangista José Antonio en ese proceso de formación de una cultura de guerra mediante la elaboración y propagación de la imagen carismática. Esta forma de legitimidad fue presentada por la propaganda como una relación afectiva, emocional, de carácter principalmente irracional, y sustentada en la gracia que ciertas personalidades poseen como don

1. Acerca de la noción de «cultura de guerra» en relación con la Primera Guerra Mundial en Francia, véanse las precisiones que hicieron BECKER, A. y AUDOIN-ROUZEAU, S.: «Vers une histoire culturelle de la Première Guerre mondiale», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, n.º 41 (jan.-mars 1994), pp. 5-7 y, de los mismos autores, «Violence et consentement: la "culture de guerre" du premier conflit mondial», en RIOUX, J.-P. y SIRINELLI, J.-F. (dirs.): *Pour une histoire culturelle*. París: Seuil, 1997, pp. 251-271. Este enfoque de historia cultural de la guerra asumió la propuesta interpretativa que el historiador George L. Mosse hiciera sobre la «brutalización» de la política en la Alemania de posguerra en el libro *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*. Nueva York: Oxford University Press, 1990. A propósito del concepto de cultura de guerra, y su viabilidad para el caso español, hay que citar el estado de la cuestión expuesto en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, n.º 61 (2008), pp. 69-87.

divino que desata pasiones y domina los espíritus². La figura del héroe moderno, asimilada con «imágenes arquetípicas» de naturaleza colectiva y primordial, se coloca en el interior de la presencia de lo simbólico en la política: nivel donde el mito es vivido como acto de voluntad, revela intuitivamente la verdad sobre la identidad de una comunidad, y sostiene y legitima la acción política colectiva al arraigarla en una realidad primigenia, trascendente, fuera del tiempo; en una palabra, en lo extraordinario que funda el orden.

En la construcción del carisma, los medios de comunicación —como inicialmente la prensa— fueron sustitutos simbólicos de las relaciones reales entre el jefe y sus seguidores. La construcción del pseudocarisma político es una estrategia calculada a través del empleo de recursos propagandísticos, la representación del imaginario y la presentación de un jefe carismático en posesión de formas y estilos de un hombre extraordinario³.

1. FRANCISCO FRANCO, «CAUDILLO» DE ESPAÑA

Por Decreto de 29 de septiembre de 1936⁴, Francisco Franco fue nombrado jefe del Gobierno del Estado español, asumiendo todos los poderes del «nuevo Estado», y «Generalísimo» de las fuerzas nacionales de Tierra, Mar y Aire, confiéndole el cargo de general jefe de los Ejércitos de Operaciones. En el artículo tercero de esta disposición se estableció que la proclamación sería revestida de forma solemne, con representación adecuada de todos los elementos na-

2. Max Weber tomó el concepto de «carisma» de la terminología del cristianismo primitivo, precisando que, con respecto a la hierocracia cristiana, Rudolph Sohm había sido el primero en emplear esta noción, aunque no la terminología, en su *Kirchenrecht* (Leipzig, Duncker & Humblot, 1892, 2 vols., concretamente en vol I, p. 26). Véase, al respecto, WEBER, M.: *Economía y sociedad*. México: FCE, 1962², p. 173, quien estableció su definición de carisma en la p. 193. El don de la «gracia», por otra parte, había sido ampliamente abordado por Weber en la segunda parte de *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*, trabajo publicado originalmente en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, en 1904 y 1905.

3. Véase la tesis del «pseudocarisma» que fuera expuesta en BENSAN, J. y GIVANT, M.: «Charisma and Modernity: The Use and Abuse of a Concept», *Social Research*, Vol. 42, n.º 2 (Winter 1975), pp. 570-614. Hay que referir la distinción similar que entre la noción weberiana de «dominación carismática» y el «culto del líder» conforme se dio en los regímenes fascistas europeos del período de entreguerras establece KALLIS, A. A.: «Fascism, 'Charisma' and 'Charismatisation': Weber's Model of 'Charismatic Domination' and Interwar European Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol. 7, n.º 1 (March 2006), pp. 25-43. El autor señaló que la «carismatización» fue más bien una relación transaccional, inestable y cambiante, que estuvo sometida a las cambiantes circunstancias que se dieron en dichos regímenes. Un conjunto de trabajos que discuten y analizan las formas del «liderazgo carismático» en los regímenes fascistas y las dictaduras europeas de entreguerras es el recogido en PINTO, A. C.; EATWELL, R. y LARSEN, S. U. (ed.): *Charisma and Fascism in Interwar Europe*. London-New York: Routledge, 2007 (los contenidos de esta obra colectiva fueron publicados previamente en la revista *Totalitarian Movements and Political Religions*, Vol. 7, n.º 3, 2006, entre los que se incluye el artículo de Eatwell, R.: «New Styles of Dictatorship and Leadership in inter-war Europe», que subraya el concepto de «carismatización»).

4. *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional*, 30-IX-1936.

cionales que integraban el «movimiento liberador», y que se haría la oportuna comunicación a los gobiernos extranjeros. El acto de transmisión de los plenos poderes de que había estado investida la Junta de Defensa Nacional tuvo lugar en la mañana del jueves 1 de octubre en la División Militar de Burgos.

La legitimidad del Caudillo empezó a acreditarse en el centro del ámbito político de las instituciones estatales en la «España nacional» a partir del propio acto de proclamación⁵. La precaria formación de un organismo de propaganda en torno al Cuartel General del Generalísimo en Salamanca comenzó con la exaltación de la imagen del «Caudillo»⁶. Desde principios de noviembre de 1936, el escritor Ernesto Giménez Caballero pasó a ocuparse de manera efectiva de la propaganda. La tarea parece que le fue pedida por Franco, quien recibió al escritor en audiencia en el Cuartel General de Salamanca, a donde llegó tras huir de Madrid en avión a través de Francia y después de visitar a Mussolini en Roma⁷. Pero la militarización de la vida pública hizo que Franco situara al general Millán Astray como máximo responsable de prensa y propaganda.

Precisamente, el fundador del Tercio Extranjero en Marruecos —cuya Primera Bandera mandó el entonces comandante Francisco Franco— fue de los primeros en elogiar al Generalísimo, como publicaron los periódicos de la «zona nacional» durante su estancia en Vigo a principios de octubre de 1936; un perfil que acuñó parte de los tópicos retóricos sobre la figura del Generalísimo⁸. Según Millán Astray, «Franco es enviado de Dios como Conductor para liberación y engrandecimiento de España», palabras que destacaban su cualidad carismática, que pasaba por extraordinaria. Una condición que ya era manifiesta en la formación de Franco, pues resaltaba Millán Astray que tenía ganados todos sus ascensos por méritos de guerra, habiendo sido herido de bala —que le atravesó el pulmón y el estómago— cuando era teniente de Regulares; fue el lugarteniente fundador de la Legión y, después, su jefe durante el mayor tiempo de la campaña de Marruecos, perfeccionándola e inspirando a todos los generales en jefe. Franco fue quien

5. La atención de los historiadores se ha centrado en la biografía de Francisco Franco. No obstante, algunas obras tempranas esbozaron la imagen del «Caudillo», como fueron los libros de MIGUEL, A. de: *Franco, Franco, Franco*. Madrid: Ediciones 99, 1976 y GONZÁLEZ, F.: *Liturgias para un caudillo (Manual de dictadores)*. Madrid: Editorial Cambio 16, 1977 (reed. en Barcelona: La Flor del Viento, 2008), que aportó un enfoque alternativo al desarrollado por el sociólogo A. de Miguel. Además de los trabajos previos de Alberto Reig Tapia, reunidos *Franco «Caudillo»: mito y realidad*. Madrid: Tecnos, 1995 (parcialmente reeditados con el título *Franco: el César superlativo*. Madrid: Alianza Editorial, 2005), véanse las contribuciones reunidas, sobre todo en relación con la imagen del general Franco en el cine, en SÁNCHEZ BIOSCA, V. (COORD.): «Materiales para una iconografía de Francisco Franco», *Archivos de la Filmoteca*, n.º 42-43, octubre 2002-febrero 2003, 2 vols. Asimismo, hay que citar SEVILLANO, F.: *Franco, Caudillo por la gracia de Dios, 1936-1947*. Madrid: Alianza Editorial, 2010 y ZENOBI, L.: *La construcción del mito de Franco. De jefe de la Legión a Caudillo de España*. Madrid: Cátedra, 2011.

6. Eugenio Vegas Latapié calificó los esfuerzos hechos en los aledaños del Cuartel General de Franco por mitificar su figura como torpes imitaciones del culto al Jefe que se daban en Italia y en Alemania (*La Frustración en la Victoria. Memorias Políticas 1938-1942*. Madrid: Actas, 1995, p. 27).

7. GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Memorias de un dictador*. Barcelona: Planeta, 1979, p. 82 y ss.

8. Véase, por ejemplo, *La Gaceta Regional*, Salamanca, 6-X-1936, p. 3.

salvó la situación en la sublevación republicana de Jaca, y el inspirador y director de la sofocación de la sublevación de Asturias. Para Millán Astray, el general Franco era el primer estratega militar de ese siglo y un táctico eminentísimo, pues «desde el primer momento en que se inicia la batalla conducida por él, advierte los aciertos o los errores de ejecución, y jamás se equivoca», añadiendo: «Su inteligencia es clarísima, su juicio exacto y atinado, su valor personal es representativo de la bravura ante el peligro y ante las situaciones que exigen determinación, sea mediata o inmediata; no vacila y acierta siempre, su cultura técnico-profesional es completa». Como estadista, Millán Astray afirmaba que Franco había sido reconocido desde el primer momento como el representante de España ante los gobiernos extranjeros y sus determinaciones y conversaciones había sido un éxito rotundo, ganando la admiración y la confianza de cuantos extranjeros trataban con él. Como hombre, lo describía de complexión robusta, trato afable y sencillo, no bebía ni fumaba, siendo muy sobrio y austero en su comida, habitación y vestido; era profundamente religioso y practicante; en sus conversaciones, su único tema era la patria y el Ejército; su mente estaba abierta a toda idea que se le expusiera, si bien su voluntad no se dejaba influir por nadie; conocía rápida y seguramente a los hombres, y su juicio era siempre exacto; era enérgico, sin ser irascible; era parco en sus palabras, de juicio trascendente y ameno en su conversación íntima; su vida social y familiar era modelo de virtudes, al igual que su esposa, que era la mujer del hogar y la sencillez en su trato. Millán Astray concluía: «El prestigio no se impone; se recibe espontáneamente. Franco, “EL CONDUCTOR”, es el prestigio».

En su labor propagandista, el general Millán Astray pidió delegados al Requeté y la Falange, aunque este último solicitó ser relevado a los pocos días⁹. Ernesto Giménez Caballero dispuso de la ayuda de antiguos colaboradores —como Juan Aparicio— en la revista *La Gaceta Literaria*, que dirigiera hasta 1932¹⁰. Si para algunos falangistas la llegada del escritor madrileño a Salamanca «envenenó el ambiente ya enrarecido», calificando su labor como reaccionaria¹¹, lo cierto es que Giménez Caballero cumplió con las consignas del general Millán Astray, compartiendo el ambiente marcial y de admiración por el mando del «Caudillo». En aquellos comienzos, el precario aparato de propaganda, que se instaló en el Palacio Anaya, apenas trascendió la propia Salamanca. En su quehacer, Giménez Caballero escasamente contó con la colaboración de los diarios salmantinos *La Gaceta Regional* y *El Adelanto*, sin olvidar algunos intentos fallidos de emisión radiofónica para todo el territorio nacional. En tales condiciones, y en medio de la exaltación patriótica y guerrera, la única doctrina política fue la de un burdo caudillismo, reflejada en el lema «Una Patria. Un Estado. Un Caudillo». Este lema había sido distribuido por Juan Pujol, responsable de una Oficina de Prensa en los primeros momentos de la guerra; de inserción obligatoria, algunos

9. GARCÍA VENERO, M.: *Falange en la Guerra de España. La Unificación y Hedilla*. París: Ruedo Ibérico, 1967, p. 274.

10. GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *op. cit.*, p. 90.

11. GARCÍA VENERO, M.: *op. cit.*, p. 276.

periódicos falangistas añadieron por su cuenta: «Una Patria: España. Un Estado: el Nacionalsindicalista. Un Caudillo: José Antonio»¹².

En la exaltación de la figura de Franco se destacó, con su cualidad de héroe guerrero, la encarnación de la unidad y la eficacia políticas. Con motivo del acuerdo adoptado por el Ayuntamiento de Salamanca de esculpir el busto del Jefe del Estado en uno de los medallones de las enjutas de los arcos de la Plaza Mayor, el diario *La Gaceta Regional* publicó el editorial «El general Franco unifica las aspiraciones», el 5 de noviembre de 1936:

El general Franco no es sólo el Generalísimo triunfador que ha reconquistado el territorio nacional de las hordas marxistas, sino el Jefe del Estado, en cuya persona se han concentrado las aspiraciones y las esperanzas de los españoles todos, con una unanimidad pocas veces alcanzada en nuestra Patria. Ante el nombre del general Franco desaparecen los matices de las diversas ideologías que han cooperado al movimiento salvador del Ejército, matices sólo y no diferencias de mayor entidad, pues todas tienen como principios fundamentales el deseo de una Patria grande e imperial, el propósito de una organización corporativa y jerárquica y la base de inspiración ideológica del Catolicismo, que ha de informar toda la vida nacional.

Esta labor de la unificación será la gran obra del general Franco como Jefe del Estado y caudillo del pueblo español, más ardua que la de la dirección de la campaña militar, de mayor trascendencia que su actual cometido de Generalísimo, pues sin aquélla, la victoria de ahora se desvanecería entre las hendiduras de las menudas rencillas de patinillo. España tiene que salir de esta prueba y de esta tragedia, unida en sólido bloque, tratada por una misma emoción patriótica y de aspiraciones y no a base del modelo que unos u otros se hayan forjado, sino a la medida y en la forma que el general Franco haya concebido la nueva España. De esta suerte, el caudillo que ha sabido conquistar la victoria, sabrá igualmente administrarla, y si para conseguir aquélla tuvo la confianza y la fe de todo el buen pueblo español, para esa otra obra posterior ha de tenerla también, porque el hombre que supo conducir al pueblo armado para la lucha, ha de saber conducir de igual modo y con resonantes éxitos al pueblo, civilmente organizado para la paz y la prosperidad.

El artículo editorial acababa con la equiparación de la figura de Franco a la de otros caudillos europeos coetáneos: «Como Italia en Mussolini, como Alemania en Hitler, como Portugal en Oliveira Salazar, España ha encontrado su caudillo nacional en el general Franco, que viene a ser cabeza y Jefe del pueblo español, aureolado por las victorias»¹³.

El carisma del «Caudillo», héroe guerrero victorioso, fue imbricado inmediatamente con el mito identitario de la comunidad nacional, según se publicó en

12. *Ibidem*, p. 307. Sobre la articulación de un incipiente aparato de propaganda en aquellos momentos, y acerca de sus recuerdos sobre el acto de proclamación de Franco en Burgos, véase la entrevista a Juan Pujol que realizara el periodista Manuel Sánchez del Arco para *ABC*, Sevilla, 1-X-1954.

13. *La Gaceta Regional*, Salamanca, 5-XI-1936.

diversos escritos de prensa¹⁴. Tal fue el caso del artículo del abogado del Estado Valeriano P. Flórez-Estrada, titulado «Franco, Príncipe de la Nueva España», en *La Gaceta Regional* el 24 de noviembre de 1936. Este artículo, que comenzaba con el símil de la lucha en un estadio deportivo entre la «España caduca y la nueva España», finalizaba con el triunfo de ésta, apadrinada por Franco, salvador de la patria y las doctrinas cristianas. Como galardón, debía ostentar el título de «PRÍNCIPE DE LA NUEVA ESPAÑA»; título que se ajustaba al rigor de su etimología y de su origen, pues en la legión de la infantería romana su principal soldado llevaba el nombre de príncipe, que le era concedido por sus méritos de guerra. Pero ese título significaba algo más que un grado jerárquico: «Significa “la identidad por comunicación” con la España que se le concede (algo así como la jerarquía ofrecida por el Vicario de Cristo en la tierra, que no es una jerarquía nueva, sino “la identidad por comunicación” con Aquél a quien representa)». La transferencia de nociones sagradas a la esfera política ahondó en la identificación de Franco y España:

Franco y España serán, en lo sucesivo, dos nombres sinónimos. No será posible pensar en España, sin recordar a Franco, ni recordar a Franco sin pensar en España, porque las glorias de España irán entretrejidas con los laureles de Franco endulzarán los dolores de España, de esta España, que al verse resucitada con otro potente “Levántate y anda”, ha asegurado su derecho a vivir, alejando la muerte a manos de sus hijos extraviados¹⁵.

Con la convicción de la extraordinaria capacidad para fascinar por el don que Dios concede a un elegido en beneficio de la patria, los pueblos miraban con devoción a sus caudillos. Como escribiera Millán Astray en el artículo «Mussolini: el Duce de Italia. Franco: el Caudillo de España. Hitler: Führer de Alemania» —publicado en *La Gaceta Regional* el 8 de enero de 1937—, la civilización occidental elevaba sus ojos hacia aquellos caudillos carismáticos, imbuidos del don de la gracia divina:

La civilización occidental paga sus muchas culpas, porque no estaba contra la vida cómoda. La civilización occidental sufre, pero ya se siente arrepentida. Vive ahora dentro de la expiación de un purgatorio, elevando sus ojos hacia el Duce, que cada día se va convirtiendo en símbolo, en puro mito, y asciende su mirada hacia Hitler, que como un vikingo rubio, sostiene férreamente las bóvedas del orden nuevo y contempla ilusionada al Caudillo Franco. Porque los tres Caudillos juntos son quienes representan hoy la voluntad y la verdad de Dios.

14. Roger Eatwell ha presentado un punto de vista del carisma que implica una compleja simbiosis entre el discurso del líder sobre las tradiciones nacionales y las necesidades del público, en «Explaining Fascism and Ethnic Cleansing: The Three Dimensions of Charisma and the Four Dark Sides of Nationalism», *Political Studies Review*, Vol. 4 (2006), pp. 263-278.

15. FLÓREZ-ESTRADA, V. P.: «Franco, Príncipe de la Nueva España», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 24-XI-1936.

España, de manos de su «Caudillo» Francisco Franco, estaba designada por mandato divino para salvar a los hombres y defender a Dios contra el peligro del peligro del comunismo, tenido por judaico:

España es hoy el sitio elegido, con la más pérvida saña, por el judío comunista-soviético. Y España, cual Italia, cual Alemania, por ser un pueblo con hombres con todas las condiciones de los hombres, con cuerpo duro y alma pura, busca entre ellos mismos su «Führer» y su «Duce», y encuentran aquel joven gallego que nació al pie de las montañas, desafiando las furiosas olas del Atlántico. Y al contemplar su historia, al ver su fortaleza, al mirar a sus ojos claros y limpios, le dice en clamor unánime: «Tú eres el Caudillo. Nosotros, detrás, y tú nos alineas. ¡Llévanos a la batalla, conducidos por tu genio guerrero, por tu energía, por tu acierto, por tu fortuna! ¡Echemos de nuestro suelo al enemigo! ¡Formemos también nuestro Ejército español, y tú, puesto al frente, levantarás tu espada victoriosa, mirando a Oriente, y saludarás al «Duce», al «Führer», ya que tú eres el Caudillo!».

Ya los tres, con sus huestes en filas aguerridas y apretadas, sin temor a nadie ni a nada, ordenan que suenen sus clarines contra el comunismo destructor del Mundo y dicen: «¡Aquí estamos, España, Italia y Alemania!»¹⁶.

La legitimidad del carisma del general Franco emanaba de la relación de lealtad e identificación entre el jefe y el pueblo español, unidos en apretada formación de combate. El «Caudillo» personificaba, y sabía mirar y ver a distancia anticipadamente, los anhelos de quienes le reconocían y seguían. Tal era el sentido que se dio al acto de unificación política decretado mediante disposición de 19 de abril de 1937¹⁷. El acto asimilaba la situación política a la existente en los regímenes fascistas europeos, si bien la creación de un partido único no hizo más que formalizar la realidad del poder militar acaudillado por el general Franco¹⁸. En el artículo primero del decreto se disponía que Falange Española y Requetés se integraban bajo la Jefatura del general Franco en «una sola entidad política de carácter nacional», que de momento se llamaría Falange Española Tradicionalista y de las JONS, quedando disueltas las demás organizaciones y partidos políticos. Por su parte, en el artículo tercero quedaban fundidas en una sola Milicia Nacional las de Falange Española y de Requetés, incorporándose a ella también las demás milicias combatientes, bajo el supremo mando del Jefe del Estado.

16. MILLÁN ASTRAY: «Mussolini: el Duce. Franco: el Caudillo de España. Hitler: Führer de Alemania», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 8-I-1937.

17. *Boletín Oficial del Estado* (BOE), 20-IV-1937.

18. Además del ejemplo de los partidos únicos en los regímenes fascistas, y del Partido Comunista de los Bolcheviques de la Unión Soviética, desde el estallido de la guerra en Europa en agosto de 1914 había adquirido importancia la apelación a la *Union sacrée* en el discurso político, como sucedió en Francia. Véase, para este caso, BECKER, J.-J.: «Union sacrée et ideologie bourgeoise», *Revue historique*, 104^e année, CCLXV/1 (juillet-septembre 1980), pp. 65-74 y, del mismo autor, «L'union sacrée, l'exception qui confirme la règle», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n.º 5 (janvier-mars 1985), pp. 111-122.. Véase, sobre la capacidad integradora y movilizadora del discurso nacionalista en la guerra de España, NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2006.

El editorial titulado «La tercera etapa», que se publicó el 20 de abril en *La Gaceta Regional* junto al texto del discurso del jefe del Estado en Salamanca, destacó lo decisivo del Ejército nacional y de su «Generalísimo» Franco en el momento que cuajó «la llamada purificadora y quirúrgica de julio»:

En este instante fue el Ejército nacional quien decidió el triunfo apetecido por las juventudes de F. E. y por la solera nacional y recia de los Requetés navarros, por el pasado vivo y por el porvenir que se sacrificaba en todas las trincheras.

Dentro del Ejército nacional Francisco Franco representa la inteligencia de España con Marruecos —eje de nuestra historia— y la eficacia de la milicia heroica y eficiente. Franco es el primer soldado y el primero de los españoles, porque nos une y nos defiende a todos, cuando la juventud combatiente se encontraba reunida ya, por el abrazo indisoluble de su generación y de la avanzadilla. Aparte de cualquier distinción mezquina, la mayoría de los soldados españoles formaban una milicia unánime e idéntica, mientras que en la retaguardia los demás españoles coincidíamos en la común defensa de un destino y de un presente común, contra los enemigos.

El acto político de «Unificación» no hacía más que confirmar este anhelo en la retaguardia y la unión de los combatientes en el frente, cimentada en el Ejército y el mando de Francisco Franco, concluyéndose en el editorial que este agigantaba «su talla de Caudillo de España sobre una muchedumbre de boinas rojas y camisas azules inseparables ya, por enamoradas y fundidas»¹⁹. Como se subrayó en el número de *ABC* de ese día, la unidad «en la fe y en la doctrina», que para restaurar España también exigía ahora el «Caudillo» a todas las Milicias que integraban la «Cruzada» con el Ejército, se estaba realizando de abajo a arriba, promovida por impulsos populares coincidentes con el anhelo de reconquista de la España imperial. Esa fusión, que el «Caudillo» había decretado interpretando el sentir unánime de los «heroicos cruzados» en el frente, estaba ya prácticamente lograda e impuesta a todos por «la voluntad autorizada de la juventud combatiente que da su sangre en holocausto de España»²⁰. Que el «Caudillo» había interpretado nuevamente los anhelos nacionales —destacó el mismo periódico al día siguiente— lo revelaban las manifestaciones populares en diversas ciudades:

El gobernante ha acertado a modular en un decreto felicísimo el espíritu de las masas, y éstas han querido festejar con las expresiones más vehementes de su complacencia lo que, ahnelado por ellas, les es además preceptuado en el nombre sagrado de España y de los gloriosos muertos de la Cruzada.

La compenetración en que vivían los españoles y el jefe del Estado daba por resultado fecundas medidas y había motivado aquellas explosiones de júbilo popular²¹.

19. «La tercera etapa», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 20-IV-1937.

20. *ABC*, Sevilla, 20-IV-1937.

21. *ABC*, Sevilla, 21-IV-1937.

La integración política y la formación de una sola Milicia Nacional como auxiliar del Ejército bajo la jefatura de Franco, reforzó lo dispuesto en el decreto de su nombramiento unos meses antes, acentuando la personificación del poder político dentro de una organización de masas que celebraría el culto permanente de su figura carismática. Esta exaltación de Francisco Franco cual «Caudillo» nacional fue desleiendo significativas figuras del «Movimiento», como el jefe falangista José Antonio Primo de Rivera, el «Ausente», hasta producirse una segmentación de la trama simbólica de la «cultura de guerra» de la «España nacional». En este proceso, la legitimidad carismática de Franco (que corroboraron los triunfos militares en el frente del Norte tras las operaciones infructuosas por tomar Madrid) continuó adquiriendo toda su significación mediante el culto de la patria, como se celebró en el calendario de festividades del «nuevo Estado», sobre todo desde el 18 de julio de 1937, aniversario del «Alzamiento»²². Precisamente, el sentido patriótico y religioso de la «cruzada nacional» volvió a quedar encarnado en la figura del general Franco con motivo del primer aniversario de su proclamación como jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos nacionales, asumiendo los máximos poderes «por Gracia de Dios, y verdadera voluntad de España», según comenzaba el preámbulo de la orden de la presidencia de la Junta Técnica del Estado de 28 de septiembre de 1937²³. El preámbulo justificativo continuaba señalando que la «España nacional» anhelaba rendirle, en tal fecha memorable, el homenaje de adhesión y gratitud debido a sus excepcionales dotes militares y políticas:

Por su insuperable dirección de la Campaña como Generalísimo, consecuencia de su patriotismo, competencia, valor de soldado y espíritu de sacrificio, nuestro glorioso e invencible Ejército, alentado por el pueblo que todo lo da por la salvación del País, conquista incesantemente lauros que admiran al mundo entero, y, con acelerado ritmo, reconquista el suelo patrio, liberándolo del marxismo destructor. Mientras, la Administración Pública a pesar de las imperiosas exigencias de la guerra, se destaca por su austeridad y acertada orientación, resultando modelo de sabia política para el bien común, merced a las excepcionales dotes de Gobernante del Jefe del Estado.

La orden estableció anualmente la «Fiesta Nacional del Caudillo» el 1º de octubre. En el editorial del diario *La Gaceta Regional*, publicado el 29 de

22. Véase, al respecto, CENARRO, A.: «Los días de la “Nueva España”: entre la “revolución nacional” y el peso de la tradición», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 51 (2003), pp. 115-134; SEVILLANO CALERO, F.: «Cultura de guerra y políticas conmemorativas en España del franquismo a la transición», *Historia Social*, n.º 61 (2008), pp. 127-145; y BOX, Z.: «El calendario festivo franquista. Tensiones y equilibrios en la configuración inicial de la identidad nacional de un régimen», en MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 263-288 y, más ampliamente de esta misma autora, *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2010. Al volver a subrayar Zira Box en sus trabajos que la construcción simbólica del franquismo se dirimió a partir de la pugna entre los diversos sectores del régimen, desplaza la noción de «pluralismo limitado» al ámbito ideológico, que remozca con la tesis de la religión política para el fascismo de Falange Española.

23. BOE, 28-X-1937.

septiembre, se insistía en el principio jerárquico que representaba el mando del general Franco. Pero sobre todo se reiteró las excepcionales circunstancias del acto de su proclamación, surgiendo el dominio carismático de Franco por impulso natural de superioridad:

Fueron tan especiales las circunstancias que concurrieron en el acto por el cual quedó verdaderamente unguido con la representación y mando de España el general Franco, que este hecho constitucional, desde un punto de vista jurídico, tuvo todos los caracteres de una realidad biológica. Surgió Franco, Caudillo de España, naturalmente, por el propio impulso de la superioridad, acreditada por la fuerza de un mando histórico, que no necesitó para revelarse de otro mecanismo previsto que el de una coyuntura realmente excepcional.

Así surgieron los grandes jerarcas del Mundo antiguo, antes de que el Mundo moderno fijase trámites que sólo en la vida normal tienen sentido. El pavés de los guerreros clásicos significaba al alzarse sobre todas las cabezas la exaltación del hombre extraordinario que mandaba, porque sabía y debía mandar. *Omni populo assentiente*. Todos, en efecto, reconociendo por su propio discurso o por intuición, la unidad de su destino y la necesidad de una jerarquía, aclamaban al elegido espontánea y ardientemente sobre el campo de la victoria.

Pues bien, sobre el pavés de los triunfos ya logrados y por lograr, fue alzado hace un año el general Franco. El nuevo Estado nacía en paridad con él y dadas la base de la conciencia nacional y la cúspide del Poder, fácil es reconstruir la gran pirámide en que cristalizan los pueblos bien constituidos. Jerarquía es la palabra que sirve de clave para que todas las fuerzas, todas las clases, todos los elementos de la sociedad, se reduzcan a la unidad, logrando una fecunda armonía mediante la debida graduación de órganos y funciones. Y no cabe distinguir entre sociedad civil y militar, aparte de otras razones, porque España, en tal sazón, era todo un pueblo en armas y sigue procediendo al dictado de una exigencia vital: ser o no ser²⁴.

Los editoriales de prensa en la «España nacional» durante aquellas fechas coincidieron en destacar la intachable conducta moral del «Caudillo», su vida austera y ascética, que debía servir de lección y de ejemplo, como se publicó en la edición sevillana del periódico *ABC* también el 29 de septiembre:

He aquí otro aspecto del designio providencial que nos conduce en la Cruzada. Franco irradiaba una luz penetrante y vivísima que ilumina los caminos de la conducta. Estamos en momentos en que la conducta lo es todo. La conducta de hoy y la del pasado. Hay una santa intolerancia, que debemos cultivar y acariciar, porque ella nos dará el triunfo magnífico y permanente: la de apartar de nuestro lado, como si fuera un animal dañino, al hombre de alma torcida, lleno de egoísmos, ambicioso y falaz.

España, en estos últimos años, adoleció de turbias conductas en los puestos directivos de la nación y del Estado. Había una instintiva repulsión de la masa honrada y trabajadora del país hacia los políticos profesionales, que cambiaban sus ideas y sus directrices morales si así convenía a su medro personal. La moral

24. «Franco, Jefe del Estado y Generalísimo. Porvenir venturoso de España, regirá su destino de Imperio», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 29-IX-1937.

de Franco es la antítesis de la moral de la República y de sus hombres. Es una línea recta, de acero, que no se quiebra nunca...

Como los grandes estadistas de los regímenes autoritarios de Europa, Franco imponía, con su ejemplo, esa moral inflexible en aquella España imperial²⁵.

2. JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, PROFETA, MÁRTIR Y SANTO

La guerra provocó una inflación retórica del léxico de la violencia y de la muerte²⁶. El «culto de los muertos» se fue articulando mediante la institucionalización del luto en el calendario oficial de fiestas, tal cual comenzó con el aniversario del asesinato de José Calvo Sotelo. Por Decreto de 10 de julio de 1937 se había declarado día de luto nacional el día 13 de ese mes, fecha del aniversario, estableciéndose que en tal jornada debía ondear la bandera nacional a media asta en todos los edificios oficiales, ostentando crespones negros las colgaduras y reposteros²⁷.

La exaltación de los mártires y de los «caídos» por España tuvo particular realce en el partido único, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, constituyendo la principal expresión de su «estética». Así ocurrió con la celebración del «Día de los Caídos» el 29 de octubre de 1937, cuando el «Segundo Año Triunfal» de la guerra. Día de los Caídos en que se celebraba también la Fiesta Fundacional de la Falange Española —que fuese en tal fecha de 1933—, y que coincidía además con la Fiesta de las Juventudes falangistas. Precisamente, la declaración como festivo del día del «Estudiante Caído» el 9 de febrero de cada año, por Orden de 5 febrero de 1938²⁸, en todos los centro docentes utilizó la memoria del primer caído falangista para institucionalizar un culto que arraigaba aún más los orígenes del «Alzamiento» en el desorden público y la violencia durante el período republicano, y ponía a la juventud española en la vanguardia de aquella España.

El culto de los «caídos» alcanzó su mayor expresión en la construcción del mito de José Antonio, fundador de la Falange. Su prisión y el ajusticiamiento, muriendo en la madrugada del 20 de noviembre de 1936 en Alicante, elevaron la figura de José Antonio Primo de Rivera a mito mediante un «proceso de 'transfiguración por la ausencia'»²⁹. Este proceso comenzó con la transformación de la palabra «ausente» en un lema oficial, de modo que: «El adverbio se nominalizó

25. ABC, Sevilla, 29-IX-1937.

26. Para un análisis preciso, véase PÉREZ BOWIE, J. A.: *El léxico de la muerte durante la guerra civil española (ensayo de descripción)*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1983.

27. BOE, 12-VII-1937. Los términos de este Decreto fueron reiterados mediante Orden de 11 de julio de la Secretaría de Guerra para todos los edificios militares, según se publicó en el mismo número del BOE.

28. BOE, 6-II-1938.

29. Esta expresión fue utilizada por Dionisio Ridruejo, quien fuera jefe de la Delegación Nacional de Propaganda, en sus anotaciones publicadas póstumamente con el título *Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta, 1976, p. 174.

pronto y «el ausente» fue ya, por definición, José Antonio³⁰. El mito de la ausencia (alentado por noticias confusas, nunca confirmadas e incluso desmentidas sobre la muerte de José Antonio Primo de Rivera) contribuyó a la mitificación personal del fundador de la Falange y a la sacralización de sus textos, sus dichos y hasta sus gestos³¹. La muerte de José Antonio fue comunicada por el general Franco en una Junta Política de FET y de las JONS celebrada en Burgos, donde se había trasladado el Cuartel General a mediados de 1938³². La conmemoración del aniversario de su muerte, según Decreto de la Jefatura del Estado de 16 de noviembre de 1938³³, hizo del legado de José Antonio Primo de Rivera el origen del «nuevo Estado», que «surge de la guerra y de la Revolución Nacional por él anunciada», convirtiendo al personaje en «héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud de nuestros tiempos». La cualidad carismática de José Antonio, al ser situado como mártir y santo en el centro del culto de los «caídos», fue redimensionada ahora como profética por sus poderes extraordinarios de visión, su magnetismo personal y su «modo de ser», que le llevaron a entregar su vida por España. Las disposiciones decretadas institucionalizaban el recuerdo de José Antonio a través del calendario oficial de celebraciones y los lugares de memoria. De este modo, se declaró día de luto nacional el 20 de noviembre de cada año. Asimismo, previo acuerdo con las autoridades eclesiásticas, en los muros de cada parroquia figuraría una inscripción «que contenga los nombres de sus Caídos, ya en la presente Cruzada, ya víctimas de la revolución marxista», al tiempo que, en su día, se erigiría un monumento para conmemoración definitiva de José Antonio Primo de Rivera. El legado de sus ideas políticas sería explicado y desarrollado mediante la creación de una cátedra de Doctrina Política en las Universidades de Madrid y de Barcelona, que llevarían el nombre de «Cátedra de José Antonio», y no serían ocupadas por titular fijo, sino por sucesivos profesores nombrados por el Jefe Nacional del Movimiento, siendo subvencionadas las cátedras con fondos del Movimiento. La exaltación de este legado correspondería a los servicios de

30. *Ibidem*, p. 172. Según Ridruejo, este lema posiblemente se formó por oposición al término «presente», empleado reiteradamente para honrar a los muertos o «caídos». El mismo José Antonio Primo de Rivera escribió: «La muerte es un acto de servicio. Ni más ni menos. No hay, pues, que adoptar actitudes especiales ante los que caen. No hay sino seguir cada cual en su puesto, como estaba en su puesto el camarada caído cuando le elevaron a la condición de mártir [...] El caído, que, cuando se le nombra, responde por la voz de los camaradas: ¡Presente!», «La muerte es un acto de servicio», *FE*, n.º 5, 1 de febrero de 1934.

31. RIDRUEJO, D.: *op. cit.*, p. 174. El mismo Ridruejo comentaba que: «En muchos aspectos esa mitificación fue paralizante y convirtió en meros escoliastas y glosadores a los no muy abundantes hombres de cabeza —y no me excluyo— que tuvo el falangismo aquellos largos años. Desencadenó una beatería inhibitoria y convirtió al personaje en alguien que quizá no hubiera sido ya reconocido por sus inventores de haber vuelto —como se esperaba— con su estatura de hombre real».

32. PRIMO DE RIVERA, P.: *Recuerdos de una vida*. Madrid: Ediciones DYRSA, 1983, p. 136. En estas memorias, también recuerda que la certeza de la muerte de su hermano motivó que Dionisio Ridruejo, quien personalmente se mantuvo cercano a Pilar Primo de Rivera, impulsara la idea de hacer una *Corona de sonetos*. Las diferentes colaboraciones aparecieron publicadas con el título *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, [s.l.], Ediciones Jerarquía, 1939, 28 págs.

33. BOE, 17-XI-1938.

prensa y propaganda, abriéndose un concurso nacional en el que se premiarían los mejores trabajos artísticos, literarios y doctrinales sobre la figura y la obra de José Antonio Primo de Rivera. Para hacer perdurar su memoria entre los jóvenes, llevarían su nombre las primeras instituciones que se organizaran con carácter nacional para la formación y disciplina políticas de la juventud y para la educación artesana de los obreros. El Ejército, como «encarnación genuina del pueblo para el servicio a la Patria con las armas», se unía también al homenaje a José Antonio Primo de Rivera y, así, llevarían su nombre una unidad de nueva construcción de la Armada, el Ejército de Tierra y el Ejército del Aire. Por su parte, una Orden del Ministerio de Educación Nacional, fechada el mismo 16 de noviembre³⁴, dispuso que se dedicara, el día 22 de ese mes, una lección en memoria de José Antonio, para explicar su vida y su obra, en todas las escuelas y centros de enseñanza, pues: «La significación de esta figura señera de nuestro Movimiento debe ser la primera lección de las juventudes españolas». Una trascendencia que era resumida en el preámbulo de esta orden ministerial:

La altísima personalidad de José Antonio Primo de Rivera, figura histórica nacional, culminó en su muerte heroica: su último acto de servicio por España.

Camino de esta preeminencia fué su vida y su obra, que lograron el acorde espiritual y humano más perfecto: el de la creación que arraiga en el alma de su pueblo.

Su palabra y su acción promovieron en nuestra patria un modo de pensar y de ser, punto de partida de considerables núcleos nacionales que se alzaron en horas difíciles por la sagrada causa de España.

Los funerales de José Antonio Primo de Rivera se celebraron en la Catedral de Burgos el 20 de noviembre de 1938. Previamente, se había grabado su nombre en las piedras exteriores del templo, junto a la puerta del Sarmetal. Lo mismo se hizo en todas las iglesias de España, según se decidió en la Junta Política de FET y de las JONS, y había sido sancionado legalmente, siguiendo a su nombre el de los vecinos de cada localidad muertos por la guerra en el bando «nacional»³⁵.

La memoria de José Antonio se evocaba en aquel día, según el editorial de prensa de *ABC*, «con emoción patriótica hacia el apóstol nacional y con emoción religiosa hacia el mártir»³⁶. Entre las colaboraciones en ese número del periódico, José María Pemán escribió que, en el reparto de aportaciones a la síntesis nacional que era el «Movimiento», a José Antonio le tocó una parte que, por su carácter de fermento, estaba destinada a darle categoría máxima de símbolo nacional: como profeta, como precursor. Una síntesis que Pemán calificó de armónica con la tradición inspirada por el catolicismo, alejando la idea de José Antonio de todo estatismo, nacionalismo, paganismo, de todos los peligros de los regímenes totalitarios laterales y parciales³⁷.

34. BOE, 17-XI-1938.

35. RIDRUEJO, D.: *op. cit.*, p. 175. Este observaba que era imitación de lo que se había hecho en Francia después de 1918.

36. *ABC*, Sevilla, 20-XI-1938, p. 3.

37. PEMÁN, J. M.ª: «José Antonio: pero todo José Antonio», *ABC*, Sevilla, 20-XI-1938, pp. 4-5.

El mito de José Antonio se colocó en el interior de la presencia de lo simbólico en la política a través del rito y la liturgia, constituyendo su expresión más intensa y organizada (aunque más puntal que la del «Caudillo» Francisco Franco), como ocurrió con ocasión del traslado de los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera desde el cementerio de Alicante. Inmediatamente acabada la guerra, Miguel Primo de Rivera se trasladó a esa ciudad el 2 de abril de ese año 1939 para recuperar el cadáver de su hermano José Antonio —con quien permaneciera detenido allí— de una fosa del cementerio municipal. Los restos mortales fueron colocados en un arcón y depositados en un nicho del cementerio en espera de su sepultura definitiva³⁸. Para conocer iniciativas y fijar las líneas concretas que habrían de regir el acto de traslado, y con la aprobación del «Caudillo», el Secretario General del Movimiento Raimundo Fernández-Cuesta nombró, con fecha de 6 de julio de 1939, una Comisión compuesta, bajo su presidencia, por Ramón Serrano Suñer, Miguel Primo de Rivera, Carlos Asensio, Rafael Sánchez Mazas, Esteban de Bilbao Eguía, José María Alfaro, Sancho Dávila, Eugenio Montes, Dom Justo Pérez de Urbel, Julián Pemartín, Manuel Augusto García Viñolas y Manuel Valdés Larrañaga³⁹. El día 9 de noviembre, la Junta Política de FET y de las JONS, presidida por Serrano Suñer, acordó el traslado de los restos mortales, siendo Dionisio Ridruejo el promotor de la idea de que El Escorial era el sitio más adecuado para su reposo, no obstante quienes consideraban que el traslado al panteón real no era procedente⁴⁰. Los restos mortales serían llevados a hombros de falangistas desde Alicante a la iglesia del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, rindiéndose honores de Capitán General en las ceremonias a que dicho traslado y la sepultura diesen lugar, según se dispuso mediante Ley de 15 de noviembre de 1939⁴¹. Un ritual que fue el último de los grandes actos y ceremonias de aquel «Año de la Victoria»⁴².

3. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA DOBLE FAZ DEL CARISMA

Con la quiebra del principio de legalidad de la República española, y la ruptura de la normatividad del Estado de derecho vigente en el verano de 1936,

38. El testimonio de Miguel Primo de Rivera sirvió para relatar la prisión de José Antonio en Alicante por ANTIGÜEDAD, A. R.: *José Antonio en la cárcel de Alicante. Un gran reportaje con Miguel Primo de Rivera*, [s.l.], s.a., Imp. de Ernesto Jiménez, 46 págs.

39. *Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, Año III, Núm. 60, 10 de julio de 1939, p. 672.

40. PRIMO DE RIVERA, P.: *op. cit.*, p. 148.

41. BOE, 17-11-1939. Los funerales del fundador de la Falange Española aparecen relatados en ROS, S. y BOUTHELIER, A.: *A hombros de Falange. Historia del traslado de los restos de José Antonio*. Barcelona-Madrid: Ediciones Patria, s.a. [1940].

42. Para la proyección propagandística de la imagen de José Antonio a través del documental *¡Presente!*, que recogió imágenes del traslado de sus restos mortales, véase SÁNCHEZ BIOSCA, V.: «El Ausente, ¡Presente!: el carisma cinematográfico de José Antonio Primo de Rivera, entre líder y santo», *Archivos de la Filmoteca*, n.º 46 (2004), pp. 66-87, y más ampliamente TRANCHE, R. R. y SÁNCHEZ-BIOSCA, V.: *El pasado es el destino. Propaganda y cine del bando nacional en la Guerra Civil*. Madrid: Cátedra, 2011, sobre todo el capítulo 6, dedicado al tratamiento cinematográfico del carisma (pp. 287-379).

el acontecimiento mismo de la guerra permitió transformar la jefatura política en autoridad carismática en el incipiente «nuevo Estado» al apelarse como principio de legitimación a la misión extraordinaria del héroe providencial de restablecer la sagrada «unidad política» de España, y su tradición secular.

Aun estando unidos, se debe distinguir la realidad de la jefatura caudillista (como ejercicio personalista del poder a través de la violencia y de la facultad de mandar, y sobre todo de decidir)⁴³ y la del carisma (como forma de legitimidad extraordinaria de autoridad en una comunidad). Así, es necesario indagar en la relación entre ambas dimensiones de la realidad (el ejercicio de la política y su forma simbólica), respondiendo a la pregunta de cómo la práctica personal del poder adquiere una legitimidad carismática en contextos históricos de profunda ruptura traumática de la legalidad establecida, en momentos de efervescencia social, fundando un nuevo orden político⁴⁴. Particularmente, se ha de destacar la importancia de la constitución simbólica del poder a través de la «dramatización» de la política: por un lado, el espectáculo del poder muda la persona del jefe en figura carismática, y, por otro, induce al consentimiento de la audiencia. En cuanto que la dominación carismática es un «proceso de *comunicación*» de carácter emotivo, que circula en el espacio público a través de la publicidad, y penetra en las acciones sociales, entraña la capacidad de transmitir entusiasmo de manera verbal a través del discurso y no verbal mediante imágenes, símbolos, ceremoniales y ritos, y llega a producir un sentimiento de común identificación, una comunión mística que transfigura y trasciende al individuo, y crea el consentimiento colectivo en gran medida.

Como forma extraordinaria de legitimidad, el carisma se constituyó en centro activo del orden político de la «España nacional». La transferencia de la idea de carisma desde su origen en la experiencia religiosa sacralizó, así, la política⁴⁵. Esta

43. La noción del caudillaje como un sistema político organizado por distintos grupos en competencia, alcanzándose el liderazgo mediante el ejercicio de la violencia para establecer un equilibrio entre los intereses en pugna, fue expuesta en WOLF, E. R. y HANSEN, «Caudillo Politics: A Structural Analysis», *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 9, Issue 2 (Jan., 1962), pp. 168-179.

44. Para una discusión sobre la idea de Durkheim de «efervescencia colectiva», véase MARIOT, N.: «Les formes élémentaires de l'effervescence collective, ou l'état d'esprit prêté aux foules», *Revue Française de Science Politique*, 51e année, n° 5 (2001), pp. 707-738.

45. Para el historiador Ian Kersaw, el culto de Hitler fue un elemento central de su liderazgo carismático, hasta el punto de que la persona del *Führer*, en tanto que punto focal de un consenso básico, constituyó una fuerza integradora crucial en el sistema de gobierno nazi, según expuso en *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona: Paidós, 2003 (ed. or. en inglés de 1987). En 1983, Emilio Gentile había rechazado que el culto del *Duce* fuese solo una expresión de *italianidad* o un producto contingente y artificial de la «fábrica del consenso», exponiendo los caracteres principales del mito poliédrico de su figura en «El mito de Mussolini», *Mondo operaio*, 7-8 (julio-agosto 1983), pp. 113-128 (trad. al español en *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza Editorial, 2004, pp. 129-160). Este politólogo italiano reafirmó que el fascismo poseyó desde sus orígenes las características de una religión secular en «Fascism as Political Religion», *Journal of Contemporary History*, Vol. 25, No. 2/3 (May-Jun., 1990), pp. 229-251 (hay traducción catalana en *Afers*, XI, n.º 25 (1996), pp. 545-565, y al español en *Fascismo. Historia e interpretación...*, pp. 219-245), según estudió en su libro *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma, Laterza, 1993. Sobre cómo se reprodujeron y transformaron ciertas tradiciones cristianas dentro del nazismo, véase

penetración de lo extraordinario en lo político como principio de legitimación impregnó la «cultura política» de conceptos político-teológicos. La legalidad jurídica del «nuevo Estado» se fundó en semejante forma de legitimidad carismática, estrechamente imbricada con la tradicional —de marcada impronta católica, y arraigada en medievalizantes estereotipos y arquetipos— en el discurso exacerbado del nacionalismo.

Hay que precisar que, en la articulación de esta trama de significación (cuyos valores, ideas, símbolos y ritos se proyectaron cuales representaciones de aquella lucha esencial), la estructura de la «cultura de guerra» se fue segmentando al absorber en parte los diferentes discursos políticos del «bando nacional». La cultura de guerra no se conformó como un único concepto homogéneo, pues resultó de vehicular hasta tres segmentos diferentes, unidos transversalmente por la idea de carisma: la exaltación del «Caudillo» providencial como héroe redentor de la patria, el culto de los muertos, y la imagen del enemigo, que operaron binariamente al oponerse el bien y el mal, lo sagrado y lo profano, en la lucha por la salvación de la nación. Y, en parte, lo carismático como portador de una esencia trascendente ante la amenaza del enemigo se presentó de manera dual entre la exaltación de Franco, el «Caudillo», héroe reconocido como jefe político por sus hazañas guerreras, y el culto a la memoria de José Antonio, profeta entregado a la muerte como sacrificio redentor de España.

Aún pesa su figura como precursor del «Movimiento» conforme a la tradición y el catolicismo en España, que el propio José Antonio destacó en su ideario, la glorificación de su figura, y la apropiación falangista del culto de los «caídos», adoptaron particularmente la forma de una religión política⁴⁶. Esta había de vivirse como una experiencia colectiva de fe que transfiguraba la cualidad carismática del fundador de la Falange en el modo de ser del «grupo» de sus más fieles acólitos. Un sentir, interiorizado y exaltado en algunos sectores falangistas como propio de su cultura política, que inflamó la conmemoración de la muerte al final de la guerra en España a través del luto y la memoria social⁴⁷.

Steigmann-GALL, R.: *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945*. Madrid: Akal, 2007 (ed. or. en inglés de 2003).

46. Esta idea contrasta con la tesis de la «politización de lo sagrado» en la dictadura franquista, como régimen autoritario, que ha sido expuesta y defiende Giuliana Di Febo desde su libro *La Santa de la Raza. Un culto barroco en la España franquista*. Barcelona: Icaria, 1988 (ed. or. en italiano de 1987), particularmente pp. 32-33, y en los trabajos reunidos en *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2002. Una tesis que fue asumida por GENTILE, Emilio en: *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*. Laterza: Roma, 2001, pp. 211-212.

47. Véase, sobre el luto y la construcción de la memoria social, el estudio pionero de WINTER, J.: *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European Cultural History*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995, además de WINTER, J. y SIVAN, E. (eds.): *War and remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. Esta línea de trabajo es recogida, para el caso español, en LEDESMA, J. L. y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 63 (2006), pp. 233-255. Hay que referir las contribuciones reunidas en CASQUETE, J. y CRUZ, R. (eds.): *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2009.